

Como parte de las actividades colaterales de la XVI edición de la Feria Internacional del Libro de La Habana –que esta vez tuvo a Argentina como país invitado de honor– y coincidiendo con la presentación del tomo *Nuevo teatro argentino: dramaturgia(s)*, del Fondo Editorial Casa de las Américas, se presentó en la sala teatro Hubert de Blanck, una versión unipersonal de *La Chira (el lugar donde conocí el miedo)*, obra de Ana Longoni, que aparece impresa por vez primera en la antología, preparada por Jorge Dubatti y Vivian Martínez Tabares. La puesta estuvo a cargo de la actriz Natividad Martone, quien formó parte del elenco original del grupo Panthalasa, colectivo que, bajo la dirección de la Ana Alvarado, estrenó la pieza en el 2004.

Espectáculo de excepción, esta versión de *La Chira*, presenta por una parte a una mujer sola que pretende conjurar el miedo haciéndonos partícipes de algunos fragmentos de su historia personal; instantáneas de una vida escindida por el exilio, imágenes rotas, rescatadas de un pasado tremendamente doloroso. Y por otra, a una actriz que intenta rescatar una puesta y un texto que fueron parte importante de su carrera. En esta estructura corren dos historias juntas. Leo esos fragmentos y

adviento una existencia y una práctica profesional que se entretajan, un diálogo entre vida y teatro; memoria salvada y “la eterna miseria que es el acto de recordar”.

El texto, poético y de estructura fragmentaria, muestra aquí su posibilidad infinita. La voz íntima de la autora se articula como un extenso poema que superpone nostalgia y ausencias a la vez que reconstruye el proceso de formación de una identidad propia. El diálogo con la directora y con los actores de Panthalasa, dio cauce definitivo a lo que nunca fue pensado como teatro. Predominó en este proyecto la idea del equipo que asume el encuentro con lo desconocido –con las estrategias de trabajo de una directora invitada y con la dinámica no teatral del texto escogido–, recurso que permite dinamitar las seguridades y propiciar un cruce renovador y comprometido.

La obra da voz a las víctimas de la última dictadura, a los que regresaron y sobre todo a los exiliados y sobrevivientes –los que se “guardaron”–, algunos demasiado jóvenes para “comprender”. La historia de la propia autora, quien tuvo que exiliarse con su familia en Perú, y lo vivido por algunos de sus amigos, es material suficiente para vertebrar el “juego”, macabro y sereno a un tiempo. Seres fantasmales, sin edad

# Noticias de *La Chira*. Naturaleza viva con miedo



Jaime Gómez Triana

Fotos: Julio Alvite

definida, varados entre pasado y presente, imposibilitados de escapar de sí mismos, de las marcas impuestas, de la manera en que la dictadura se reprodujo también en su interior, en sus familias, en las diversos estratos de la sociedad. La obra quiere recuperar los lazos con lo político mediante la exposición de otras subjetividades, habla desde lo íntimo para quebrar puntos de vista demasiado cerrados, correr gruesos velos y mostrar otras caras de una única moneda.

Cinco personajes-dobles, hablan desde el texto. Natividad Martone los devora y sintetiza sin desvanecerlos, la disposición de los objetos en el escenario habla de presencias ausentes, cada zona del espacio cuenta una historia, genera un contacto, activa una infinita sucesión de circunstancias heterogéneas que la actriz nos muestra tranquila, como si hubiera aprendido a vivir con el inevitable horror, como quien conoció el miedo y no pudo apartarlo nunca, como una rehén que no puede escapar de un cuerpo asediado y reprimido. Así recuerda paisajes, palabras, sonidos, cauces sombríos que hablan de la formación de un individuo que no pregunta, pero sabe; de un ser que se reconoce coartado, roto.

La versión, a medio camino entre el informe social, la historia clínica, la confesión y la intervención pública, procura una comunicación química. ¿Cómo explicar a otros mi pasado? La soledad de la actriz rompe la ilusión, no encontramos aquí el espacio de la ficción, el lugar de la representación no está en la esfera de los sueños, la memoria y la edad de la inocencia, no es –o al menos no intenta ser– un sitio totalmente distinto del ámbito de la platea. Natividad no invita a los espectadores a conocer o interactuar con ese “no lugar” que es el de los recuerdos del/los personaje/s, sino que asiste ella misma al escenario para reunir fragmentos de fragmentos, para mostrarnos el proceso no exento de visibles puntadas, para encarar la imposibilidad de reconstruir, apresar y hacer objetiva esa franja de quebrantos, por demás inevitablemente intangible en tanto zona de subjetividad.

El montaje devela, de este modo, sus propios mecanismos y se presenta sin afeites; una vivencia doble: la historia narrada y la soledad de una actriz que ha traído consigo las energías de una puesta mayor que, como el personaje, se niega a olvidar. Todo ello armado desde la medida, sin carga melodramática, ni planteos

obvios, incluso sin los iconos que más conocemos. Poniendo en marcha un mecanismo que, esencialmente, mantiene el acento sobre la interpretación, extraordinariamente orgánica y precisa en cada una de las transiciones e incorporaciones, *La Chira* funciona coherentemente, desde la alternancia de imágenes fotográficas proyectadas y las que la propia actriz desde su materialidad organiza y casi congela ante nuestros ojos, con la intención expresa de producir un repertorio de imágenes sencillas, pero de gran impacto visual, que sean vivencia en el cuerpo del espectador. De este modo se construye una biografía común, nacida de la puesta en relación que amplifica el sentido y genera un nuevo espesor desde la posibilidad de relectura y coautoría que asiste al público, pensado, desde la poética de la vanguardia, más como conjunto de individuos que como masa coral.

Natividad es muy joven y sin embargo, ha cargado con esta historia sobre sus espaldas y la ha traído a La Habana, está comprometida con una práctica, era importante para ella que en el lugar donde se presentaba el texto que junto a sus compañeros ayudó a configurar sobre la escena, estuviera también la huella de la puesta, la palabra viva, la energía específica del teatro al que pertenece, que forma parte de su propia biografía. De su aventura nos seduce esa dedicación al oficio, la capacidad de ser y hacer todo en y por el teatro, y la autonomía del actor que se sabe autor, creador él mismo de los diversos universos que una función de teatro pone en contacto, de una acción que reduce fronteras y amplía nuestros vínculos con una zona emergente de la escena argentina actual. 

